

Hace tiempos...

Sobre la Universidad

Tomás Carrasquilla

[...]

Mamá nos declara por la noche:

— Ahora sí, muchachitos; despídanse de las andanzas y del bureo. Mañana ya es otro cantar.

Y el cantar se inicia con la matriculada. Nos llevan papá y Tirso. Qué susto el mío al entrar en aquel claustro de tantos arcos y tanto calicanto. Cuando nos vemos en presencia del doctor Berrío siento que me sube por el espinazo como una cuenta de azogue. Pero en vez de brincar me siento tieso en el escañón que nos indican.

Era mucho lo que teníamos que aprender. La sola matrícula de los dos universitarios cuesta veinticuatro reales.

Con las Salves, la pólvora y la chirimía de las fiestas de La Candelaria se nos abren las luces en aquel mundo nuevo. Merced a las gestiones de Tirso y a los certificados del doctor Albano hemos entrado en los cursos segundos de las materias generales. Ya verían los profesores si nos bajaban a los primeros. Como hay tantos novatos no llamamos la atención en ningún sentido. Y, no siendo fértiles como Marto, quedamos entre los más mocosos a pesar de nuestros quince años.

La Universidad se ha cerrado a mediados del año precedente, a causa de una epidemia, y el doctor Berrío se ha aprovechado

de esto para reformar aquel edificio y convertirlo en uno higiénico y adecuado. Todo albea y resplandece con el retoque.

Era la Universidad el convento colonial, que, merced a la Independencia, no estrenó la Comunidad Franciscana, en el propio lugar que hoy ocupan los Jesuitas. Era por el exterior una fábrica tosca, sin aceras, con algunas ventanas al lado de la plaza y de la calle. Sólo tenía una entrada, en arco, con impostas, cerca a la iglesia. Su portón, que hizo reformar Berrío, con tableros de altísimo relieve, luce hoy por ahí en la carrera Girardot en un depósito de carrocería. Sabía de espadas convertidas en asadores, mas no que una puerta del templo de Minerva, por donde han entrado y salido nuestros hombres célebres, parara en tránsito de choferes y granujas. Bien se ve que el motor relega las abstracciones.

La Universidad había sido hasta entonces un mugrero y un foco de patanería y vulgaridad. Mas ahí está Berrío para meter en cintura a los indisciplinados.

Nos sentimos muy grandes con el uniforme de comunidad: “Botín o bota de becerro, pantalón de paño negro, levita de paño del mismo color y chaleco blanco, sombrero negro de fieltro o de felpa y corbata negra”. Tal reza textualmente el reglamento que se lee durante un mes en el salón de estudios. Sobre el propio corazón del estudiante ha de resplandecer el escudo de plata, con su leyenda y su cinta tricolor.



Foto número 597. Archivo DIGAR. Colección Historia. Museo Universidad de Antioquia.

Abarca aquel código la Escuela de Artes y Oficios, lo divino y lo humano. Sus sanciones son ineludibles. Todo va muy bien bajo la disciplina del estadista que, al dejar el solio presidencial, quiere preparar los hombres del porvenir. Todo va muy bien, menos la única protesta estudiantil, que en Antioquia llamaban “cucarrón” y “cotorra” en Bogotá. Ciento ochenta estudiantes zumbando como escarabajos rompemadera son para aturullar al más impasible. Berrío se ofusca con el cucarrón y tiene que apelar a terrible aparato. Un día, al entrar, se arma el rimbombo por cualquier motivo. Hace formar la comunidad en escuadra, en dos lados del patio. Exhorta; pero el cucarrón sigue. Sale y torna a poco con ocho guardias armados de Rémington; los pone paralelos al ángulo; les hace calzar las armas, ponerlas en puntería, y ordena dar fuego si

alguno chista. Ráfaga de espanto; silencio en las filas. Así termina el cucarrón. Un año después se supo que las cápsulas no tenían plomo y que toda la comedia estaba preparada de antemano.

El lado norte de la iglesia lo ocupaba un caserón antiguo de un solo piso; nada menos que el Parque de Armas del Gobierno, con su cuerpo de guardia, su régimen militar y su centinela perpetuo. Ahí se guardaban en anaqueles, que daban hasta las vigas, las armas viejas del Estado y las nuevas que había introducido Berrío. Allí los cañones históricos y la ametralladora, no estrenada todavía. Allí las banderas, los retratos y no sé cuántas cosas más, con que se iniciara el “Museo del Estado”. El gran patio era lo que se llamaba “Jardín Botánico”. Dos palmas de dátiles, dos árboles de pan, arbustos

florales y surcos deslindados por alternan-
teras y coleos, constituían aquella novedad
tan mentada.

Cerraba la manzana, por la que hoy se llama calle de Girardot, una edificación de un sólo piso donde funcionaban los talleres y aulas de la Escuela de Artes y Oficios y las cocinas del internado universitario. Esa manzana era cabo de barrio: de ahí hacia el oriente todo era campo, arboledas, granjas dispersas, senderos, Cuchillón y Alto de las Cruces. La Palencia ondulaba por ese llano entre los bosques de mangos y poma-
les. Allí iban a bañarse, a jugar y a hacer novillos los estudiantes. “Los Mil Pomos” llamaban a eso. La plazuela de la Universidad era un cuadrilátero comprendido desde la iglesia hasta la esquina sur, con la anchura que hoy tiene la plaza Félix de Restrepo. Abríase frente al parque militar una como avenida, hasta la calle de Ayacucho. En ella hacían el ejercicio militar los estudiantes, en las tardes de martes y viernes.

Cosa aldeana al par que poética era aquella plazuela: una manga atravesada por diagonal de piedras saltonas, desde la iglesia hasta la calle de Pichincha. Al occidente las tapias de un huerto, por donde sobresalían las palmas de corozos, los racimos de plátanos, los papayos y los guamos. Por el borde de tal muro los rastrojales y la basura; por las bardas la hojasa y las pencas de higo chumbo entretejidas por batatillas. En su esquina el ventorro de Justa Tapias, que proveía la golosa estudiantina. De peseta para arriba daba prima de par de bananos o cualquier cosa; pero lo que es “culebra” no se la ponía el más pintado. En el diente de manzana que años después derribaron para ampliar la plazuela, había pensiones y cuartos de alquiler para estu-

diantes. El lado sur lo ocupaba la pensión del Comandante Giraldo. Como era casa patricia e infanzona, sólo recibían pensio-
nistas muy calificados. De ella hasta la esquina de la calle de Las Peruchas envejecía entre avisperos, costras y yerbajos la casa inconclusa e inhabitada del doctor Castrillón. Tal cual día la abría algún paje y se trancaba por dentro. Sacaba, luego, tercio de yerba o costal de naranjas. Eso era todo. ¡Y qué de leyendas sobre aquel doctor Castrillón, que ningún estudiante conocía! Ni modo de asaltar aquel recinto de misterios, porque estaba cercado de altísima muralla. Seguía por dicha calle la pensión de las señoras Martínez, hermanas de la heroína. Allí guardaban y mostraban a quien quisiera las insignias y vestimentas de Marucha. Del huerto de esa casa, precisamente por donde se prolongó después la calle de Bomboná, bajaba por un arco toda el agua de “El Zanjón” para meterse tres cuabras más abajo por la alcantarilla, en el codo que sale a la calle de Maturín. En dicho arroyo bañaban los parvulillos, y era cosa muy buscada por perros, gallinas y rapacería.

Bien puede decirse que de la calle de La Solitaria hacia arriba era el Barrio Latino de la ciudad: por ahí escuelas, pensiones estudiantiles, casas de maestros y profesores; por ahí la imprenta de los Balcázar, metida como una granja entre arboledas y jardines. ¿Y qué decir de la iglesia de San Francisco? Hoy se ve su frontispicio sabiamente restaurado a estilo español. En el año del 74 era una simple espadaña con sus dos campanas y una hornacina vacía. Por ese tiempo le levantaron del lado sur un torreón cuadrado para el reloj de cuatro muestras. Lucía, eso sí, el peristilo de piedra jaboncilla que luce ahora tan restaurado y repulido. Como sólo era capilla de colegio, no se abría sino para las misas y

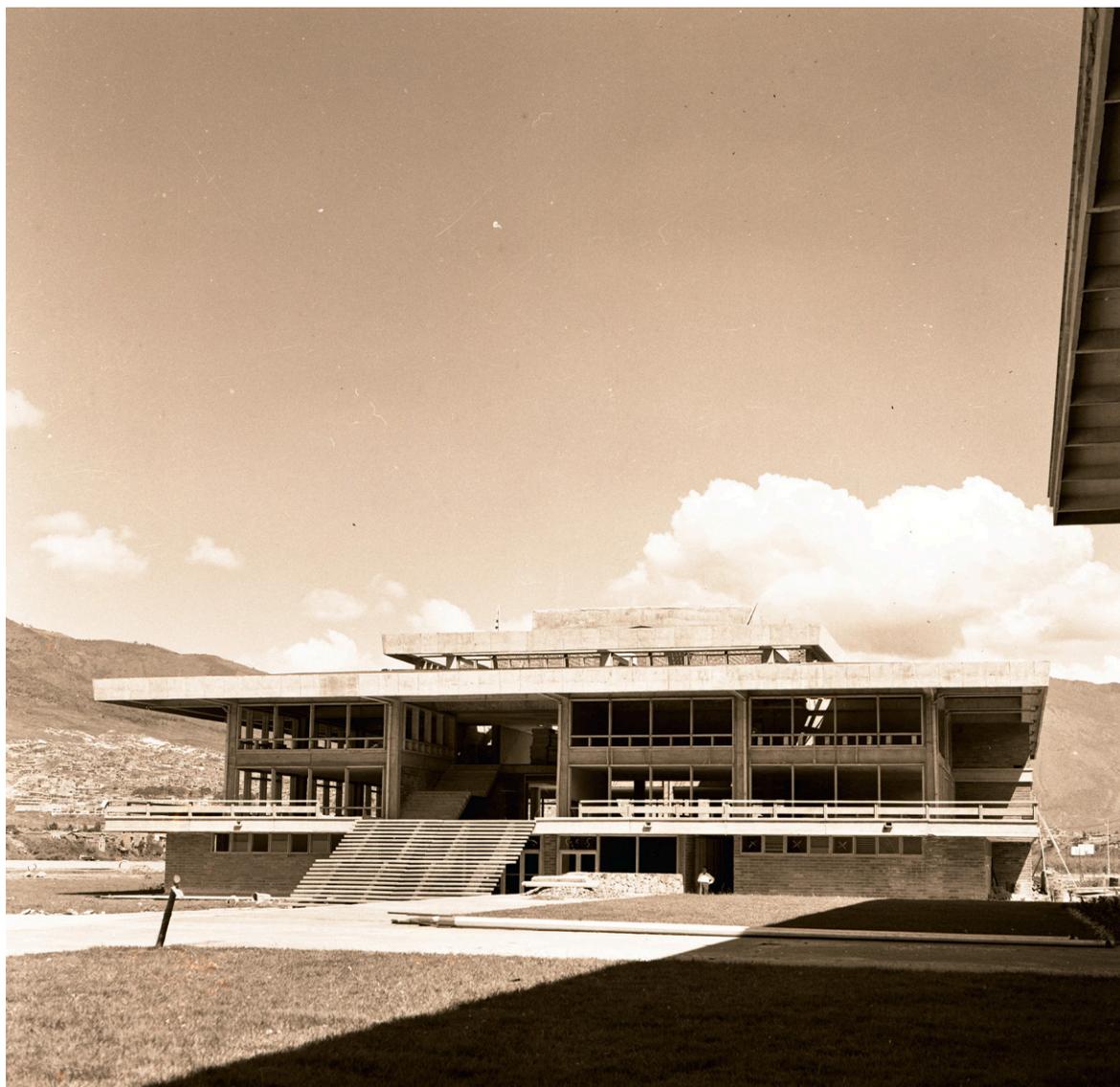


Foto número 167. Archivo DIGAR. Colección Historia. Museo Universidad de Antioquia.

fiestas universitarias. Por dentro paredes y altares, escuetos y empolvados. Mas tenía algo de mucho mérito arquitectónico: los abovedados ovoidales de las capillas, donde hoy campean los cuadros del Vía Crucis. Guindábanse por ahí los murciélagos, y por las noches croajaban en el recinto las eclesiásticas lechuzas. En la sacristía “espantaban” de día y de noche, porque en ella había soterrado el padre Serna tesoro inmenso de joyas y vasos sagrados, antes

de regresar a España. Al filo de media noche vagaba su alma dando quejumbres, y varios viejos, estudiantes del tiempo del Colegio Académico y del de los Jesuitas, que actuaron en ese edificio, habían visto el ánimo del Padre, tapada la cara con la capucha.

De seis a diez y de doce a cuatro eran las clases y los estudios. Quien llegase después del primer cuarto de cada entrada se que-

daba fuera y cargaba con su falla. Berrío, el hombre nacido para el mando y la justicia, iba conquistando el corazón de la estudiantina. A más de la clase diaria de derecho internacional daba la de urbanidad todos los sábados, de nueve a diez. Era en el salón de estudios. A ella concurría la Escuela de Artes. Y un estudiante tenía que leer o echar un discurso sobre el tema que eligiese, y desde la misma plataforma que ocupaba el profesor. En ese mismo local dictaba las clases de religión el doctor Mariano Ospina Rodríguez. La mayoría de los oyentes tenía que pasar la hora de pies porque, amén de la escuela supradicha, asistían varios profesores, sacerdotes, y muchos señores de la burocracia y del comercio. Imponente figura la de aquel patricio de esclarecida y romancesca historia, de barba bíblica y austero traje. Aunque anciano emitía su voz de tal manera que no se le perdía sílaba en ese salón tan espacioso. Bien es cierto que no lo interrumpía ni el vuelo de una mosca. Por esa boca hablaba la sabiduría, con el método y la sencillez, la claridad y la precisión que sólo en la sabiduría caben. Por media hora pedía al estudiante que en la lista escogía al acaso, la exposición de la conferencia anterior. ¡Tremendo trance! El estudiante tenía que ponerse de pies para responder ante aquel auditorio. “Gamboa Eloy”, se oye pronunciar al mes y medio de mi entrada, y “Gamboa Eloy” repite como un eco lo que ha oído y apuntado tres días antes. Ya se habrá entendido, que, si reservado, nunca fui tímido ni vergonzoso. Y me tiene usted que el doctor Ospina se ceba un tantico, tal vez por ese Gamboa y ese Eloy, únicos en la Universidad. Tengo para mí, allá en mis adentros, que este mi nombre y este mi apellido tan extraños, me daban cierta notoriedad. Tal vez por esto mismo he procurado siempre honrar mi pobre nombre.

También regentaba el doctor Ospina, en los salones respectivos, las cátedras de geología, economía política e historia. A las dos últimas asistían también muchas personas de fuera. Como eran orales se llevaban apuntes, pero él indicaba los textos o autores que podían consultarse.

En el cuerpo de profesores figuraba la gente más conspicua de la época. Mencionaré tan sólo a Manuel Uribe Ángel, Emiliano Isaza, Juan Pablo Restrepo y a don Luciano Carvallo, el de ojos elocuentes y sonrisa enigmática, que enseñaba con el corazón y el cerebro. No creo que profesor alguno haya sido más querido por sus discípulos que este hombre de patronímico portugués, de nombre griego y célebre.

Los estudiantes de ingeniería recibían clases en la Universidad y en la Escuela de Artes; los de medicina sólo salían al Hospital a la clase práctica de disección.

Había estudiantes de todos los pueblos y aldeas del Estado de Antioquia y de los Estados del Cauca, Bolívar, Santander y el Chocó.

En los dos años precedentes se había redactado La Palestra, periódico literario y estudiantil, donde debutaron varios y varias. Por cierto que con la muerte de Gregorio y de Vergara aparecieron varias elegías, muy gemebundas e inocentes. Julia y Saturia figuraban en ellas cual las musas de sus respectivos poetas. En el 74 se había agotado la letra de molde en la Universidad, mas siempre había quedado la tradición verbal; y estudiante que no recitase al dedillo trozos de Donoso Cortés y poesías de Fernando de Velarde, era tenido por un montuno de todo el capote.



Foto número 228. Archivo DIGAR. Colección Historia. Museo Universidad de Antioquia.

Tal era, portería adentro, la célebre Universidad en aquel año de gracia. Su ambiente exterior e inmediato es harto pintoresco y de un aldeanismo increíble. Chiquitines o bigotudos retozan por esos aledaños con cuanta tontería se les ocurre. Tiéndense a la bartola en la plazuela a estudiar o a aparentar que estudian. Sus glorias principales son cuando se levantan de prisa y con piruetas, para dar paso a los jinetes y amazonas de rumbo que por ahí atraviesen. Allí las “vacas” y las “cachiporras”, las gestiones y alegatos para las compras en el ventorro de Justa Tapias; allí la encumbrada de ingentes “mesas”; allí las largas cañabravas con cuchillas, para cortar las frutas del huerto frontero, y las industrias para que no caigan adentro.

Actuaban por allí tres mujeres; tres puntos fijos, como quien dice:

a) Cata, la insigne vendedora de ponche, con su enorme cántara, su molinillo y sus seis vasos. Tanto gana con su bebestrajo, que se deja poner “culebra” de todo bicho. En cuanto se apuesta frente a la portería la rodean, y vienen los pleitos por las pagas demoradas. La vieja se hace la terrible, y aquí de la gritería y las chanzonetas.

b) Documento, la rabiosa y arriscada expendedora de alfandoques y de unas panelas de leche que tienen un nombre porquerizo. Ésta sí es inflexible. Y echa “cocas” cuando se ocurre. Por eso tiene la mejor clientela.

c) La Mica. Esta requiere casilla aparte, como el murciélago. Es argumento vivo de las teorías de Darwin; pero el corazón de La Mica es un pozo de ternura y caridad. Les arregla a los estudiantes las ropas y los cuartos; les hace compras y mandados. Se apuesta por las noches en la pulpería con sabida para ver si a los internos felices que ocupan el dormitorio del frente se les ocurre algo; y en cuanto ve una luz en alguna de las ventanas corre con mucho disimulo. De la ventana baja una cuerda con un pañuelo y un real amarrado en una punta, y pronto sube la compra clandestina. Poco más le pagarán los estudiantes; pero a su hijo Sixto Quinto, un zagalón de quince años, y medio blanco, que la acompaña en sus andanzas, le tocan los desechos indumentales de los estudiantes. Es de verle las fachas con aquellas herencias.

Universidad, Escuela de Artes y Escuela Normal hacían el ejercicio y las revistas militares en sus días respectivos. Nada germánico asomaba todavía: todo era la tradición española de la Independencia y las guerras civiles. El aire de aquel suplemento, tocado por aquel corneta y aquel tambor tan veteranos, era el mismo, ni más ni menos, que el de La Marcha de Cádiz. Acaso lo dejarían por aquí los últimos pacificadores. Instruía aquellas huestes el general Martín Gómez (a) Ovejo. Y era figurante un tal Arcila, el más hábil del cuerpo policíaco, único ejército de línea del Estado Soberano de Antioquia.

Tremenda prueba eran los exámenes de fin de año. Cuantos ganaban el curso en el privado tenían que presentarlo en público en la capilla, ante el Presidente del Estado y aristocrática concurrencia de damas y caballeros. Duraba la fiesta todo noviembre. Cada clase echaba su discurso y elegía por

votos su orador. En el acto final se leían las calificaciones y se repartían los premios.

Trascendencia y significación tenía la fiesta de la Virgen de los Dolores, patrona de la Universidad. No es para menos el ver en gracia de Dios a la caimanería juvenil. La colocación de los estudiantes para aquella misa exigía grandes requisitos. Cada cual conservaba su puesto, y los sacerdotes iban repartiendo comunión, desde el presbiterio hasta la puerta, a lado y lado de la calle que al efecto se había dejado desde el arreglo. Terminada la misa salía la procesión, y cada comulgante con su ramo y su vela. Y entre las devotas de la aristocracia y las novias de tanto galán, daba la vuelta por la calle de El Palo.

En aquellos tiempos en que no existían los esparcimientos, disipaciones y espectáculos de la actualidad, los estudiantes tenían que inventarse sus diversiones. Acaso por esto mismo eran más regocijados que los estudiantes de ahora. Y como no tenían problemas ni inquietudes y la vida era fácil y sencilla, la juventud entraba en ella “coronada de flores y cantando”, que dice el poeta.

[...]

Tomás Carrasquilla (Santo Domingo, Antioquia, 1858 - Medellín, 1940). Autor de una vasta obra conformada por novelas, cuentos y ensayos, de la que hace parte su novela autobiográfica *Hace tiempos*, de donde extraemos este fragmento. A la edición de la Editorial Universidad de Antioquia de su *Obra completa* puede accederse en el repositorio institucional: <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/33957>.